

La marginalidad de la vejez.

Un recorte de la marginalidad urbana contemporánea

Hebe Gazzotti

Profesora de Historia en el Instituto Nacional Superior del Profesorado Joaquín V. González y como Socióloga en la Universidad de Buenos Aires. Directora del Instituto de Seguridad Internacional y Defensa (SID). Alsina 1779. Capital Federal. (1088) Argentina.

Telf.: 4375-4639/ (15) 4084-5958.

E-mail: hebegazz@sinectis.com.ar

Resumen

Marginalidad de la vejez es un trabajo cualitativo que se presenta como un recorte de la problemática de la marginalidad urbana, partiendo del supuesto que indica que hoy, en la Argentina y especialmente en el ámbito urbano, el ser anciano es un factor relevante al indagar el citado fenómeno.

Se efectúa un recorrido teórico y algunas referencias estadísticas que aspiran a fundamentar la pertinencia de la inclusión de dos historias de vida al universo problemático como así también la conveniencia del uso de una técnica de carácter cualitativo para arribar al objetivo planteado para el trabajo.

El análisis de los relatos, además de mostrar su riqueza narrativa y aportar algunos elementos a la reconstrucción de la historia oral de la Argentina del siglo XX, permite sugerir la existencia de una estrecha relación directa entre vejez y marginalidad y su modalidad asumida en el ámbito de la Argentina urbana contemporánea.

Palabras clave: Tercera edad, sociología de la vejez, seguridad social.

The Marginality of Old Age. A Profile of Marginality in Contemporary Urbanity

Abstract

Marginality in old age is a qualitative study that is presented as part of the problem of urban marginality, beginning with the premise that sustains that today in Argentina, an specially in the urban areas, to be old is a relevant factor in this phenomenon. A review of literature and certain statistical data are presented as pertinent to the study of two life

histories within the universe of cases, as well as the convenience of qualitative techniques to arrive at the proposed objective. The analysis of these life histories illustrates narrative wealth and suggests the existence of a direct relationship between marginality and old age and its modalities in contemporary urban Argentina.

Key words: The third age, sociology of old age, social security.

Recibido: 09-05-02 . Aceptado: 23-08-02

Introducción

Aquí te acecha el insondable espejo

Que soñará y olvidará el reflejo

De tus postrimerías y agonías,

Ya te cerca lo último. Es la casa

Donde tu lenta y breve tarde pasa

Y la calle que ves todos los días.

A quien ya no es joven (fragmento)

Jorge Luis Borges

Borges lo supo decir así y de muchas maravillosas maneras más. Pero este trabajo no pretende ser una obra de arte. Tan solo pretende ser una pequeña investigación sociológica que sí se toca con la creatividad, con la emoción y con la sensibilidad de la cual el científico social no puede y no debe desprenderse. Lo que sucede, entre las tantas "megadiferencias" que separan este trabajo de este gigantesco fragmento borgiano, es que los creativos son los personajes que aquí se indagan. Ellos son los protagonistas del su pasado y nosotros sus deudores del presente.

El objetivo del presente trabajo se inserta en la amplia problemática del fenómeno de marginalidad urbana. Aquí se ha hecho un recorte, partiendo del supuesto que indica que hoy, en la Argentina y, especialmente en el ámbito urbano, el ser anciano es un factor relevante al indagar el citado fenómeno. Sin entrar ahora en precisiones teóricas y apelando por el momento al sentido común, parece saltar a la vista que los ancianos, en esta sociedad, quedan incluidos en este fenómeno por la sola condición de caer dentro de una determinada categoría etaria.

Por ello, es que se ha planteado como objetivo específico indagar experiencias, actitudes, sentimientos, condiciones de vida y expectativas de los ancianos, tratando de concluir si existe en ellos una autopercepción de esa marginalidad y, de ser posible, cómo

se ha construido esa autopercepción a través de su historia.

Por sentido común también, se llega rápidamente a observar que esa inclusión del anciano en la marginalidad, -o, dicho de otro modo-, esa exclusión del anciano, deviene de una sociedad que rechaza su pasado, que no tiene a la memoria como valor jerarquizado, pero que tampoco mira hacia el mañana como lugar de realización de objetivos presentes, sino como mera transferencia de la supervivencia del presente. Una sociedad que profundiza su visión de un mañana donde las nuevas generaciones vivirán aún peor que las presentes.

Sin planteos a futuro, esta crisis que padecemos en este principio de siglo, no deja lugar a muchos. El tan mentado individualismo de la globalización, el corte de las redes solidarias que nos constituyeron como nación a principios del siglo XX, el fin de las utopías que han sido reemplazadas por un escepticismo creciente, la competencia por un mercado de trabajo cada vez más reducido y desregulado (en el real sentido del término: sin reglas), la creciente brecha entre un número cada vez más reducido de grandes poseedores de riqueza y un número cada vez más creciente de desposeídos, no deja lugar para la supervivencia digna de quienes han pasado cierta edad y carecen de "competencias" para "competir" en el mercado.

La mirada hacia el anciano es marginal. Es un obstáculo viviente. No tiene un espacio propio donde desarrollar lo específico de su etapa de vida, esto es, la transmisión de la experiencia, el descanso fecundo y creativo y el disfrute de lo ganado al tiempo. A diferencia de las antiguas civilizaciones donde el anciano era la personificación de la sabiduría, nuestros "viejos" son la personificación de la decadencia, del final, del ocaso. Con una sociedad que los excluye, que no les permite desarrollar sus potencialidades, que los ubica, -y permítaseme la metáfora-, en la playa de estacionamiento del cementerio, la propia percepción se corresponde.

En efecto, el anciano se ve a sí mismo en el final. La Tercera Edad es la última y es la de la involución. No hay aquí lugar para el desarrollo, para la percepción del avance, la mejoría, la ambición, el deseo, la esperanza. El anciano se percibe solo, terminando sin cerrar, frustrado, dejando a cuenta. Cada día es uno menos. Cada vez está más cerca el final, que termina por ser la única meta. La tristeza, la queja, la soledad, la melancolía, la infelicidad, son la respuesta a esta exclusión que los deja librados a lo que me atrevo llamar, una "mendicidad estructural".

Porque en una sociedad donde se pone en juicio la validez de los derechos humanos como inherentes al hombre (la vida, la educación, el trabajo, la salud, la vivienda) y los

deja librados a la "libre" competencia, al anciano, solo le queda mendigar su supervivencia. Y esta mendicidad es estructural, porque incluye todos los ámbitos y si bien reconoce algunas gradaciones de nivel, podría decirse que, generalizando, el anciano mendiga más allá de sus condiciones económicas objetivas.

Esas gradaciones de nivel pueden mostrarnos a un viejo más "cuidado", mejor vestido, mejor atendido por personas contratadas a tal fin, mejor alimentado pero que, de todas maneras mendiga un lugar, alguien que lo escuche, que le de un valor en el futuro, que pueda ser algo más que una suma de relatos que a nadie le importan, que pueda, en suma transferir una experiencia que pueda ser valorada como tal y no sometida al juicio contemporáneo de la desvalorización de la solidaridad, del humanismo, de la comprensión del otro. En síntesis, un buen nivel económico, no garantiza la inclusión del anciano en la vida familiar, social, cultural, etc.

Advertido esto, diremos que, en el otro lado están los más: los que tienen menos. Los que carecen casi de todo. Sin familia, sin jubilaciones o con jubilaciones tan magras que nada significan. Sin viviendas. Sin alimentos. Los que deben vivir al amparo de un Estado que desampara. Los excluidos totales cuyo destino final es la cama de un hospital sin regreso. Es aquí donde se ubican Fenia y Ernesto, las dos historias de vida que fueron la fuente del presente trabajo.

I. Marco Teórico-Metodológico

1. En torno al concepto de marginalidad

En la introducción deslicé, muy someramente, que el término "marginalidad" parece tener un sentido unívoco, dado por el propio sentido común. Si así fuera, con sólo decir que se entiende por marginal a todo individuo no integrado a una forma de vida y de valores compartida por la totalidad social, habríamos resuelto la cuestión.

Sin embargo, a poco de mirar esta definición nos damos cuenta que estamos frente a un problema teórico mucho más complejo. A esta definición cabría preguntarle cuáles son las formas de vida y valores compartidos por la totalidad social, si es que existe esa totalidad social y si es que existen esas formas y valores compartidos. Y, aún si esto fuera así, que no parece ser el caso de la sociedad argentina de 2001, esta definición no da cuenta de si la marginalidad es tal en cuanto a la autopercepción del marginal o si el fenómeno se construye desde una sociedad que margina o, si quizás se trata de un fenómeno relacional donde ambas percepciones se retroalimentan y entre ambos construyen la frontera.

Recorriendo la bibliografía, he encontrado definiciones tales como la que dice que :
"...cuando hablamos de grupos marginales pensamos en conjuntos de individuos situados de tal manera en el sistema, que ven restringida su participación en diversas esferas de la vida económica y social, comparados con otros grupos mayoritarios con los que están vinculados. Los grupos marginales suelen estar localizados en los límites sociales y ecológicos del sistema..." (Margulis, 1970). Mucho más completa que la primera definición, a primera vista, podría darnos un marco que nos permitiera colocar adentro y afuera del sistema, con sólo (tarea no sencilla) definir cuál es ese límite social y ecológico al que hace referencia.

Sin embargo, no puede obviarse la fecha en que esta definición fue gestada por Margulis: la década del '70. "El sistema" parecía ser en ese entonces algo mucho más acabado que permitía visualizar cuáles eran los lazos económicos y sociales que, aunque fueran seriamente cuestionados, o quizás justamente por eso, no se prestaba a confusiones sobre su existencia real. Dicho de otro modo, al menos hasta mediados de esa década, no podría negarse que existía un sistema de producción y de participación social mayoritaria, que al menos en parte, tendía a la inclusión. Todos aquellos que permanecían fuera de él, en uno u otro sentido o en ambos, eran marginales.

Las circunstancias no son iguales tras treinta años de historia. Hoy el límite se ha vuelto extremadamente difuso. La participación en las distintas esferas económicas y sociales, tal como aparecen en la definición, si es que tienen existencia real, al menos pueden cuestionarse seriamente en su condición de ser mayoritarias. Las nuevas formas de empleo o de ocupación, para usar un término más apropiado a las nuevas condiciones del mercado laboral, convierten la modalidad del cuentapropismo, del trabajo temporario, de la inestabilidad, en el rasgo mayoritario del "sistema". Por otra parte, la modalidad más extendida es la de nulidad de la participación social, convirtiéndose el sistema político en una democracia delegativa como la llama Guillermo O'Donnell (1993).

Gino Germani (1980) decía que pese a que en América latina el fenómeno de la marginalidad era muy estudiado no existían propuestas teóricas satisfactorias y esto lo atribuía a ciertos obstáculos que explicaban esas limitaciones. En primer lugar situaba la *"variedad de consideraciones cuya acumulación amenaza con acrecentar la confusión terminológica y conceptual y a oscurecer más que a esclarecer el campo estudiado. En segundo lugar, cualquiera sea la orientación metodológica, (...) la connotación ideológica que caracteriza a muchas de las contribuciones sobre el tema, no siempre contribuyen a facilitar una mayor claridad, ni mucho menos a una mayor eficacia teórica (...)* En tercer lugar (...) el problema de la marginalidad no es aislable (...) de supuestos relativos a los

distintos y, a menudo contratantes, modelos de desarrollo... . Es por ello que en su trabajo propone un enfoque que se aleja de la definición para dedicarse a describir, contextualizar y crear una tipología. No obstante, lo mismo que en el caso citado arriba, las nociones de centro - periferia, desarrollo - subdesarrollo y sus interdependencias, no parecen adaptarse a la complejidad de las relaciones económicas y sociales de nuestro tiempo.

Aníbal Quijano (1998) presenta con propiedad esta cuestión que intento abordar, afirmando que, *"marginalidad fue, desde la partida, una categoría controversial (que) en cualquiera de sus encuadres teóricos, fue inicialmente elaborada en referencia al poder"*. Recorre la producción bibliográfica de los '60 y advierte que la instalación del concepto de marginalidad remite al de modernización. *"...Por eso -dice- desde esta perspectiva los sectores sociales sin empleo estable ni suficientes ingresos, no solamente son pobres y hay que ayudarlos a sobrevivir. Su situación está asociada al hecho de que ellos no participan plenamente en la sociedad, es decir, están al margen..."*. Continúa el autor señalando que esta concepción debe contextualizarse en el marco teórico, muy difundido en la época, de cambio social, visto éste como la modernización de lo existente, definido a su vez como "tradicional". Es decir, lo que se planteaba era una sociedad dicotómica en la cual el marginal era un excluido que, saliendo del lenguaje del autor, podríamos llamarlo como un excluido temporal. Temporal, por que el Estado de bienestar sería el encargado de realizar ese proceso integrador-modernizador. Caracterizando con más precisión a los "marginales" de ese tiempo, Quijano ubica en esa categoría a aquellos sectores sociales sin empleo estable y sin ingresos suficientes.

Resulta evidente que no es una categoría válida para el fenómeno que hoy intentamos investigar. Desaparecido uno de los términos, el Estado de Bienestar, la idea dicotómica de marginalidad/integración, deja de tener sentido y, siguiendo al autor, se puede decir que asistimos hoy a un enorme crecimiento del desempleo y del trabajo precario en todo el universo capitalista pero que, en áreas con escaso desarrollo, la situación se potencia por el retiro brusco del Estado. El capítulo al que he hecho referencia pasa más adelante a considerar las ventajas de la utilización del término "informalidad", para describir el fenómeno del trabajo en este tiempo y ya excede los objetivos de este trabajo.

Aun con escasa información para ser categórica, puede verse una tendencia de los franceses a definir la marginalidad acercándose más a posturas individuales. Reproduzco aquí dos definiciones que considero útiles como indicador. La primera proviene de un trabajo sobre exclusión efectuado por el gobierno de Francia en 1999 que considera *"marginales a los individuos excluidos de un grupo, por no respetar sus normas o que*

presentan una actitud de retracción social". La segunda dice que " *la marginalidad es la diferencia. Al menos desde un lenguaje común. Distinguimos dos tipos de marginalidad. La marginalidad involuntaria (la del delincuente, del inadaptado patológico, del excluido social) o la semi-involuntaria (la del artista, del poeta) y la marginalidad buscada, deliberada, expresión de una decisión consciente...*". Sin pretender hacer ninguna generalización por estas dos definiciones, podría plantearse como pregunta si el abordaje al término no remite más a una cuestión cultural, de normativa o de pautas éticas que a las consideraciones estructurales que pueden visualizarse a través del recorrido por las definiciones latinoamericanas.

Aún en el caso de Loïc Wacquant (2001), que atiende con gran seriedad el fenómeno de la marginalidad urbana, no logra constituir un concepto acabado y dice: "*Cualquiera sea la etiqueta utilizada para designar (la marginalidad), -infraclase [underclass], en Estados Unidos e Inglaterra, 'nueva pobreza' en Holanda, Alemania y el Norte de Italia, 'exclusión' en Francia, Bélgica y los países nórdicos, los signos reveladores de la nueva marginalidad son inmediatamente reconocibles incluso para el observador casual de las metrópolis occidentales...*" y pasa de inmediato a dar una serie de características comunes a las grandes ciudades de occidente pero que, en definitiva, no va mucho más allá de ese sentido común al que recurriéramos al comienzo.

Sin forzar demasiado el término, y en el marco de un mundo identificado mayoritariamente por el neoliberalismo, también podríamos pensar en marginalidad a partir de una determinada ubicación con respecto al mercado. Esto ofrece la ventaja de poder remitirnos a los clásicos y tomar a Weber para decir que "*...una pluralidad de hombres cuyo destino no esté determinado por las probabilidades de valorizar en el mercado sus bienes o su trabajo -como ocurre por ejemplo con los esclavos- no constituye, en el sentido técnico una 'clase' sino un estamento'....*" (Weber, 1992). No intento aquí entrar en la discusión respecto del concepto de clase en Weber, ni mucho menos su confrontación con Marx. Haciendo esa salvedad, recorro a este pasaje de la obra de Weber, porque me parece relevante para pensar que, al menos parte de nuestros marginales, lo son en la medida en que han quedado marginados del mercado. Los casos presentados en este trabajo, se adecuan a esta caracterización teórica, con las salvedades del caso. Entiendo que no resuelve la cuestión de la definición que busco pero, sí constituye una línea más de análisis a considerar.

Esta breve aproximación a la conceptualización de la marginalidad, no me ha posibilitado resolver con precisión una definición unívoca. Tal parece que quizás hay que dejar abierto el concepto. Es probable que estamos frente a un concepto tan dinámico que cualquier

definición tendría un escaso margen de vigencia histórica. Es probable, que en esta coyuntura no pueda reconocerse el "margen" porque tampoco puede reconocerse un centro o porque el centro es numéricamente tan reducido que casi todos, permanecemos al margen.

Con mucha precaución se podría pensar en la existencia de gradaciones de marginalidad que, a modos de círculos concéntricos alejan o acercan a individuos o grupos de individuos, a ese reducido centro. De este modo, la marginalidad se establecería en "relación con". Más cerca o más lejos del centro, pero siempre marginal "respecto de ese centro". Siempre sin acceso a algo, siempre por fuera de algo, siempre dependiendo de las pautas fijadas por ese centro, en un movimiento continuo de inclusión/exclusión en cada círculo.

Y, aunque no responda estrictamente al tema y objetivo del presente trabajo, podría pensarse que, en tiempos de "globalización", la marginalidad podría tener una correspondencia universal. Podría verse el mundo entero como círculos concéntricos, más o menos marginales. De pensarse así, deberíamos ubicar a América Latina y a nuestro país. Quizás, de manera más compleja, podríamos pensar en distintos sectores, universalmente homogéneos, y ver el fenómeno de la marginalidad en la llamada "aldea global" porque, precisamente, la marginalidad también se ha globalizado y, adaptando la terminología de Holloway (Holloway Jhon, 1995) a nuestro tema de trabajo, el fenómeno se esparce por el mundo sin reconocer fronteras, instalando en cada país millones de seres cuyo común denominador es estar "fuera" del centro.

2. La marginalidad de la vejez

En este punto pretendo justificar porqué los casos que han sido la fuente fundamental del presente trabajo, han sido incluidos como marginales. Ambos son ancianos, ese es uno de sus denominadores comunes. Ello me lleva a indagar, aunque sea someramente, sobre la vejez en la Argentina.

El 9.7% de la población total del país tiene más de 64 años. Las proyecciones dan un 9.9% para el 2005 y un 10.2% para el 2010. Las cifras más importantes corresponden a la ciudad de Buenos Aires, con un 16,8%, seguido por la provincia de Santa Fe, con un 11.2% y Buenos Aires con un 10.3%. El resto del país se mantiene por debajo del porcentaje nacional en el año 2000. Las proyecciones para el 2005 y el 2010 se mantienen semejantes a las nacionales (INDEC-CELADE, 1996).

Por otra parte, digamos que *"al nacer, un argentino medio tiene por delante una*

esperanza de vida de 72,9 años. Este dato significa la presencia de una brecha de seis años en relación a los 78,9 años que corresponde al promedio de los países que aseguran mayor longevidad a su población promedio, cuyos extremos varían entre 80,0 para el caso de Japón y 78,1 para el caso de Grecia”, según consigna el Informe Argentino sobre Desarrollo Humano (Honorable Senado de la Nación. 1995-1999), siendo éste, el resultado más desfavorable para la Argentina. A esto es bueno agregar que, en una población total de poco más de 32 millones y medio, además de ser los mayores de 64 años, un porcentaje nada desdeñable de la población total del país, la proyección acompaña el crecimiento poblacional argentino.

Sin embargo, hay otras cifras que deben ser leídas con estas. El 84% de los ancianos del área metropolitana de Buenos Aires, son pobres (Diario la Nación 15/11/00). En el total del país, son 24.000 los que viven en estado de indigencia y 200.000 los pobres (Banco Mundial, 2000). De los que gozan del beneficio de la jubilación, el 36,19% de los jubilados y pensionados del país no superan los 200\$ de haber mensual (ANSES). De aquí se puede concluir, sin posibilidades de error, que existe una muy fuerte relación entre vejez y pobreza y, de acuerdo a lo abordado en el punto 1, tampoco parece erróneo afirmar que la pobreza y marginalidad mantienen una importante relación positiva.

Wadderburn intenta una definición de ancianidad cuando dice que *“...la ancianidad de asocia muy en particular con el retiro o abandono de los roles de trabajo, pero la ancianidad también se asocia con cambios en otros papeles, sobre todo en relación con la familia...”* (Wadderburn, 1975).

Si tomamos la primera parte de esta caracterización, coincidimos, en que ese retiro o abandono del rol de trabajador ya provoca cierto grado marginación. Nuestra cultura efectivamente, le otorga un lugar central al trabajo. Un rol que se torna esencial en la vida del hombre, tanto, que se define por lo que hace y que se dignifica a través de su trabajo. María Julieta Oddone nos dice que *“ diversos trabajos han señalado que cuanto más próximo al retiro se halla un individuo, más fácil es que se resista a jubilarse (...). Lo que aparece como una constante indicadora de problemas, es el aspecto económico...”* (Oddone, María Julieta, 1991) . Es muy probable que esto se haya potenciado, desde 1991 en que fue publicado el referido artículo, hasta hoy. Y para ponerlo más a tono con la época, no podemos dejar de recordar que hoy, la situación de retiro del mercado laboral por jubilación es apenas una de las formas que asume la pérdida del trabajo. En lo que a nuestro objetivo refiere, efectivamente, el anciano se ve expulsado de su quehacer, de aquello que ha acompañado su vida, de aquello para lo cual ha adquirido experiencia, de lo que, al cabo de los años, “sabía hacer” y debe buscar

alternativas que dignifiquen un nuevo lugar, alternativas que, por otra parte, si se han reducido para la generalidad de los habitantes urbanos, mucho más se acotan para quienes tienen muy pocas posibilidades de readaptarse y entrar en el mundo altamente tecnificado del que fueron ajenos durante todos los años de su vida.

La segunda parte de la definición de Wadderburn ofrece una problemática específica. Siguiendo el trabajo de Oddone, las redes de reciprocidad afectiva con los ancianos están fuertemente establecidas en nuestra sociedad, sin embargo, me permito confrontar esta visión con la que presenta Knopoff quien recorre toda una serie de mitos, estereotipos y prejuicios sociales, sexuales y médicos respecto de los ancianos. Los prejuicios sociales más comunes, según el autor, son *"El viejo no puede aportar nada útil. Para qué escucharlo. Para qué incluirlo. Por qué consultarlo. Vive en su mundo. Para qué contarle cosas. Para qué interrogarlo. El viejo no puede decidir por él. Vamos quitándole la posibilidad de decidir trabajar o no trabajar, de hacer o no hacer determinada actividad, o paseo, o de manejar o no su dinero..."* (Knopoff, 1991) De lo que se trata entonces es que, aunque los datos aportados por Oddone hayan sido correctos en su momento y no hubieran sufrido ninguna transformación importante al cabo de casi diez años, cosa poco probable, aún así, los ancianos no están exentos de una marginalidad generalizada, que deviene del sólo hecho de ser anciano. Las gradaciones dentro de esta situación de marginalidad, sí pueden establecerse a partir de condiciones objetivas de vida. Sin embargo, me atrevo a decir que su posición dentro de la sociedad, es en sí misma marginal.

Para validar esta última afirmación me parece pertinente cotejarla con los intentos de definición efectuados en el punto 1. Tomando la de Margulis, vemos que los ancianos sí son un grupo de individuos que ven restringida su participación en diversas esferas de la vida económica y social. Aún en buenas circunstancias objetivas, aun viviendo con su familia o recibiendo apoyo cotidiano de ella; aún así el prejuicio y el mito marginan al anciano, dejándolo fuera de las decisiones comunes e incapacitado para tomar sus propias decisiones.

Aunque pueda parecer forzada, si abordamos los conceptos de Quijano vertidos en el presente trabajo, y colocamos a los ancianos en referencia con el poder, se evidencia que en nuestra cultura no existe una asociación entre el poder y la ancianidad. Para buscar esa relación positivamente deberíamos remontarnos en la historia o en otras culturas y ver que, efectivamente, los años eran una de las condiciones que otorgaban poder. Y si tomamos la segunda parte de esta definición, sin dificultad podemos incluir en ella a los ancianos por no tener empleo, por no tener suficientes ingresos (y aunque los tengan,

porque quedan fuera de las decisiones sobre esos ingresos) y no participan plenamente de la sociedad. En definitiva, no hay un rol específico para el anciano.

También es cierto que existe un conflicto entre la normativa vigente y los ancianos, analizando ahora la definición dada en el trabajo efectuado por el gobierno francés, especialmente si se entiende la norma no como legislación sino como "...*pautas o ideas comunes que dirigen las respuestas de los de los individuos...*" (Duncan Mitchell, 1986). Resulta evidente que existen serias dificultades entre los ancianos para adaptarse a la normativa. La velocidad de los cambios que, en este sentido, que se han producido en los últimos años, han dejado poco espacio para la adaptación de quienes han vivido durante mucho tiempo en un mundo con valores y normas que hoy parecen ser parte de una historia ajena. Tal parece que hay una sociedad a la que los viejos no tienen acceso, no la comprenden, no pueden internalizar sus normas. Se quedan "afuera", están marginados, son "diferentes", como dice la definición citada.

Finalmente, hasta a Weber, le costaría hoy incluir en algún lugar a los ancianos. Han quedado fuera del mercado, si tomamos como tal la "valorización del individuo sobre sus bienes o trabajo". Y, aunque puedan tener algún grado de participación en él, esta participación no estaría ligada a la libertad weberiana sino que devendría de un mecanismo básico de supervivencia que, lejos de corresponderse con la libertad, se puede identificar con la obligación de proporcionarse, sin regulaciones, las necesidades básicas para sobrevivir.

3. Aspectos Metodológicos

De acuerdo con el objetivo planteado para el presente trabajo, se ha decidido la utilización de técnicas cualitativas. En toda la gran discusión teórica existente entre los métodos cuali y cuantitativo, he elegido a Cook y Richardt (1996) para fundamentar la correspondencia entre el objetivo propuesto y la elección de la técnicas utilizada. Tomando a Kuhn, los autores efectúan una comparación entre lo que ellos llaman el paradigma cuantitativo y el paradigma cualitativo. Elaboran allí una tabla que confronta ambos paradigmas, ubicando entre lo cuanti su carácter objetivo, frente a la subjetividad de lo cualitativo. La perspectiva '*desde afuera*' del paradigma cuanti opuesta a la proximidad de los datos y la perspectiva '*desde adentro*' de lo cualitativo. La orientación puesta en el resultado, en el primer caso y en el proceso en el segundo. Los datos cuantitativos como sólidos, fiables y repetibles diferenciándose de los datos "*reales, ricos y profundos*" del otro paradigma. Ubican la característica de "*generalizable*" en el primer caso frente a la imposibilidad de generalización del estudio con técnicas cualitativas. Los autores explican

que estas diferencias provienen de dos posturas epistemológicas: el positivismo lógico que pretende *"buscar los hechos o causas de los fenómenos sociales"* y por lo tanto, los estudios cuantitativos tendrán como objetivo la comprobación y la confirmación inferencial e hipotético-deductiva, en tanto que la fenomenología sería la base de los estudios cualitativos que buscan *"comprender la conducta humana desde el propio marco de referencia de quien actúa"* orientando el estudio hacia lo exploratorio, descriptivo e inductivo.

Como lo expresara en la introducción, me he propuesto en este trabajo indagar experiencias, actitudes, sentimientos, condiciones de vida y expectativas de los ancianos, de esos dos ancianos que he entrevistado y que me han permitido construir datos sobre ellos mismos, datos que no son generalizables, que no pretenden cuantificarse, que no pretenden corroborar hipótesis o confirmar teorías, sino que apuntan a la comprensión de un fenómeno más amplio: la marginalidad urbana. He dicho también que pretendo concluir si existe en ellos una autopercepción de esa marginalidad y, de ser posible, cómo se ha construido esa autopercepción a través de su historia, es decir, el presente trabajo se enmarca en esa subjetividad propia de la utilización de la técnica cualitativa que pretende adentrarse en el otro, entenderlo desde su propia visión.

Es por eso que considero que es coherente con el objetivo, elegir la *"historia de vida"* como técnica, fundamentándome en lo que expresa Bertaux: *"...reconocer en los seres un valor sociológico (...) tratar al hombre ordinario no como un objeto de observación, de medición, sino como un informante y, por definición, como un informante mejor informado que el sociólogo..."* (Bertaux, 1988).

La elección de los entrevistados no tuvo mas a priori que el hecho de que fueran ancianos y que uno fuera un varón y la otra una mujer para ampliar las experiencias a las cuestiones de género. Sin embargo, debo advertir que la posibilidad de contactarlos, en un medio que creí propicio y de mantener continuidad para las entrevistas, me llevó a un Centro de Jubilados que funciona en una Unidad Básica¹, del barrio de Once.

Las entrevistas sólo fueron pautadas en algunos aspectos a indagar: la situación actual de vida, la infancia, la familia, el trabajo, las creencias, las expectativas. No pretendí ordenar de determinada manera el relato sino que, en general, dejé que el entrevistado se expresara lo más libremente posible.

No sería justo y, desde mi óptica, cometería un error metodológico si finalizara este punto sin agradecer a Fenía y a Ernesto, los protagonistas de este trabajo y, con ellos a Palmira, Tomás, Ada, y a todos los otros que deambulan por la ciudad

II. Ernesto y Fenita

Don Ernesto y Fenita son viejos. Y son conscientes de sus limitaciones físicas. Pero además son pobres. Y no entienden por qué. Su pasado no se condice con su presente. El tiempo invertido en trabajo, en preparación, en experiencias no se pueden transferir a su vida de ancianos. No hacen lo que siempre hicieron. Ernesto canta, en condiciones deplorables para su condición y sólo lo hace a gusto entre su grupo de viejos. Fenita canta, recita o simplemente hace chistes, entre sus pares. Ambos son pobres.

La preocupación por la supervivencia recorre los dos relatos. Don Ernesto no puede separar su vida del escaso monto de su pensión a la vejez. Debe sobrevivir y acude a todas las formas posibles, a pesar de su edad. Fenita, tiene cierto respaldo, su sobrino, pero eso sólo le asegura un techo vetusto y deteriorado que le da "vergüenza".

Ambos han conocido una Argentina diferente. Ambos se definen como bohemios. Quizás, en ellos, la marginalidad fue una condición algo buscada. Quizás ellos, en su juventud buscaron diferenciarse. No hicieron "la de todo el mundo". Fenita se define como rebelde. Don Ernesto dice que no podía ser bancario y que el hermano, que se mantuvo cumpliendo todos los deseos que la sociedad ponía en él, "murió de cáncer". Aparentemente, para ambos, la Argentina les ofrecía un lugar para la expansión de esa "marginalidad" que, en cierto sentido, fue su opción pero que ello no implicaba, de ninguna manera, aventurar un futuro miserable. No ahorraron ni "aportaron" para la jubilación (aunque Fenia tuviera algunos años de ferroviaria y Ernesto un muy escaso tiempo en un canal de televisión). En el futuro, la Argentina les devolvería algo. Aún rebeldes, aún con cierta diferenciación del común, jamás parecen haber pensado en un tiempo sin la protección mínima que existía en ese Estado en que vivieron.

Ninguno de los dos tuvo hijos. Y esto parece ser un punto de importancia en ambos. Tal parece que la soledad estuviera asociada con ello. No hay hijos, no hay familia. Hay sobrinos, pero... no parece ser lo mismo. El hijo es idealizado en Fenia que, a su vez, muestra una carga de incumplimiento a su "mandato" de género.

Ambos tienen historias familiares muy cargadas de frustraciones. Quizás es allí donde comienza esa "diferencia" que se convierte luego en opción. Don Ernesto, "nace con mala estrella", la madre muere en el parto. La familia nuclear se quiebra. La hermana ocupa el rol de protectora. Cuando la hermana muere, no quedan lazos.

De modo similar, Fenita vive la diferencia de ser "sin padre" toda su vida. Vive la "vergüenza" de la publicidad de su vida en el pueblo. "Acá nadie te conoce". El anonimato

de la gran ciudad la protege. También acá son las hermanas las que ocupan el rol protector. Cuando Janina muere, Fenita queda nuevamente huérfana.

Las pérdidas crecen proporcionalmente con los años de edad. Se pierde la familia, se pierde la capacidad adquisitiva, se pierden las ganas: Fenita repite como muletilla “no tengo voluntad”, Don Ernesto no quiere hablar, no tiene ganas, es “de pocas palabras”. Y ellos son clara muestra de la inexactitud del estereotipo que se mencionara en la primera parte de este trabajo, a través de la obra de Knopoff. No están seniles, no están viejos para trabajar, son responsables, les interesa lo que los rodea, tienen necesidades personales, en suma, están vivos y sufren la soledad.

La relación con sus pares, en el Centro al que asisten es variable en el relato. Don Ernesto habla de “ellos”, se pone afuera, no pertenece. Fenita hace otro tanto cuando se diferencia de quienes hablan todo el tiempo de enfermedades, aunque ella también lo hace. Habla de los viejos cachuzos, aunque ella también se considera vieja y “cachuza”. Sin embargo, son también sus amigos. También son un “nosotros” que les pone cierto sentido a sus días además de darles el alimento en el comedor, sin el cual, su existencia sería imposible.

Fenita tiene un buen humor a toda prueba. Se ríe de ella, se ríe de sus pares. Se ríe de su historia. En parte, solo en parte. La melancolía y la tristeza asoman por doquier a lo largo del relato. Los hombres le han jugado una mala pasada en su vida: el padre “desgraciado”, César (su primer marido) que la abandonó y el bueno de Pepe (su pareja) que se murió. El recorte de género, de la falta de protección de un hombre es una de las deudas de su vida: “era una casa sin hombres” la de su infancia, fue una casa sin hombres la de la calle Salta. Es una casa sin hombres donde vive hoy.

Don Ernesto no se casó. No quiso. La normativa de su tiempo no le importó. Quería ser un hombre totalmente libre. La libertad parecía ser su prioridad. Él no guardaba para después. Tenía una concepción del presente que no ofrecía flancos débiles. “En ese momento no era importante quedarse sin trabajo”. No hay en el Don Ernesto joven conciencia del futuro.

En la Fenita joven es más paradójal su conciencia de la proyección. Es una artista, una pintora que rompe sus cuadros, una escritora que no sabe dónde puso sus poesías. Sin embargo, le gusta mostrar sus fotos y leer y cantar sus canciones y le gusta que quede, quiso que su canción quedara registrada en este trabajo.

De pertenecer a una clase media, con los beneficios de la clase media, en pleno Estado

de Bienestar, con el agregado, en Fenita, de una historia de alcurnia en decadencia, han pasado a la indigencia. Tanto uno como el otro están casi totalmente fuera del mercado. En términos sociológicos podríamos decir que Don Ernesto cobra una pensión a la vejez, paga su alquiler, vende su fuerza de trabajo y compra de cuando en cuando un helado de 0.50\$. Fenita cobra jubilación. Sin embargo, creo que los términos sociológicos alcanzan para dar cuenta de la real condición de indigencia en la que viven. La imposibilidad de opción, de la pérdida de libertad de estos "bohemitos" que hoy deben comer lo que les dan, que deben vestirse con la ropa que les dan, que no tienen, ni quieren tener, acceso al cuidado de su salud y que son conscientes que, en un futuro cercano, los espera la cama de un hospital, probablemente, en condiciones indignas.

Por eso es que no hay en ellos expectativa alguna de futuro. Don Ernesto lo dice muy claro "yo quiero que me de alguna ilusión". Fenita dice "cuando me interne será para ir al hoyo". Sus vidas son sobrevidas. Es lo que les queda del pasado. No hay futuro y pensar en él es pensar en estar más cerca de la muerte.

III. Conclusiones

De acuerdo con el marco teórico presentado y el objetivo del presente trabajo se extraen las siguientes conclusiones:

- Las condiciones de vida de los protagonistas los incluyen dentro de las definiciones que se han tomado para abordar la marginalidad urbana y que están citadas en la primera parte de este trabajo. Efectivamente, Fenita y Don Ernesto "son individuos que están situados en el sistema, de manera tal que ven restringida su participación en diversas esferas de la vida económica y social, comparados con otros grupos mayoritarios con los que están vinculados". Deben recurrir a lo que se concibe como estrategias de supervivencia: el comedor de la Unidad Básica, el repartir volantes, cantar por la noche, proveerse de ropa, que alguien cambie gratis las bombitas de la casa, que un sobrino, ausente, pague el alquiler, etc.

- Para Quijano (*ver punto 1*) también serían marginales: no tiene empleo estable ni suficientes ingresos, son pobres y su supervivencia depende de la ayuda que se les de. No están integrados en un sistema que los contenga. Están al margen. En los hechos, dependen de la caridad para alimentarse, para vestirse, para relacionarse con otros en su misma condición. No es ni la libertad ni la justicia lo que los ampara. No son marginales temporales. Por el contrario, la condición de Don Ernesto y de Fenia es poco probable que varíe hasta el día de

su muerte.

- Ambos han sido irrespetuosos de las normas en su juventud. En términos de hoy, les podríamos aplicar el calificativo de transgresores. Quizás, alguien, desde el hoy, podría ver en ello una de las causas de su marginalidad. Sin embargo, me atrevo a decir que ello no puede leerse más que como un condicionante, pero de ninguna manera un determinante de su situación. No ha sido su historia personal, solamente, la que los ha convertido en marginales. Para ello bastan las cifras que muestran la estrecha relación entre pobreza y ancianidad, que se han indicado en la primera parte del trabajo como la propia condición de ancianidad que a través de mitos, prejuicios y estereotipos que expulsan al anciano de las decisiones comunes y propias.

- Desde Weber, podríamos decir que el destino de Fenia y Ernesto no está determinado por las posibilidades de valorizar en el mercado sus bienes y trabajo. Cierta semejanza con la esclavitud puede encontrarse en la imposibilidad de la toma de decisiones personales que vaya más allá de sobrevivir o abandonarse. Probablemente, su asistencia al Centro de Jubilados sea el único resabio de lo que fuera su libertad.

- Finalmente, y de acuerdo con el objetivo fijado, el trabajo ha pretendido indagar sobre experiencias, actitudes, sentimientos, condiciones de vida y expectativas de estos ancianos para concluir que sí existe una autopercepción de la marginalidad y que, si bien reconoce ciertos antecedentes y que, de alguna manera, esto sido construido durante lo que la sociedad mal llama "vida útil", quedarse con esta interpretación sería forzar al extremo la simplificación del fenómeno.

La normativa vigente no puede ser por ellos comprendida. Don Ernesto no puede entender que, sus magros "aportes jubilatorios" no le alcancen para una digna pensión a la vejez. Fenita trabajó y aportó algunos años, y no recibe más que una jubilación mínima. Los servicios de salud no ofrecen las garantías de sus tiempos. Los ancianos de hoy no son protegidos y cuidados ni por el Estado ni por la familia como sí lo fue la madre de Fenita.

La normativa vigente, de un aporte jubilatorio, a un sistema privado de "capitalización", cuyas consecuencias aunque se puedan inferir no pueden aún ser evaluadas en la realidad, son de un tiempo que ellos no vivieron. Se sienten "merecedores" de más, porque la realidad de su ancianidad no se corresponde con la visión de la vejez que ellos

vivieron en los '30, '40 ó '50.

La Argentina urbana de su juventud, fue la de los hijos o nietos de inmigrantes que se desarrollaron en un país de rápido ascenso social, de avanzado crecimiento de la clase media que, rápidamente otorgaba un laxo lazo de pertenencia que podía aglutinar tanto al bohemio Ernesto como a la ex pintora de ilusoria alcurnia, que se convierte en empleada administrativa de una Obra Social floreciente.

- Por todo lo dicho y utilizando palabras de Wacquant, podríamos considerarlos “parias urbanos” y, probablemente, tal caracterización se correspondería con su autopercepción. Al ser viejos se convirtieron en pobres, y quedaron “afuera”, “al margen”. Ellos lo sienten así y en eso coinciden con una sociedad que no se reconoce en su pasado y que día a día pierde expectativas de futuro.

Una Unidad Básica es un centro político del partido Justicialista que, en este caso, además de las tareas propias de discusión, debate, y proyectos partidarios (por cierto muy escasos en estos tiempos de merma participativa), sostiene un centro de jubilados, un comedor comunitario y se dictan cursos de capacitación informática.

Bibliografía

1. ANSES en cifras. En: <http://www.ansses.gov.ar>.
2. BANCO MUNDIAL. **Informe Sobre Gestión del Riesgo Social en Argentina**, elaborado por el Grupo de Protección Social del Departamento de Desarrollo Humano. Oficina Regional para América Latina y el Caribe. Enero de 2000.
3. BERTAUX, Daniel. “El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades”. En: **Historia oral e historias de vida**. Cuadernos de ciencias sociales. FLACSO, nº15. Costa Rica, Septiembre de 1988.
4. DUNCAN Mitchell, D. **Diccionario de sociología**. Barcelona. Grijalbo. 1986.
5. GERMANI, Gino. **El concepto de marginalidad. Significado. Raíces históricas, con particular referencia a la marginalidad urbana**. Buenos Aires. Nueva Visión. 1980.
6. HOLLOWAY, John. Un Capital, Muchos Estados. En: **Revista Aportes**. Nº3 Bs. As. 1995.

7. HONORABLE SENADO DE LA NACIÓN. **Informe Argentino Sobre Desarrollo Humano**. 1995-1999.
8. INDEC-CELADE. **Serie Análisis Demográfico** No. 7. 1996.
9. MARGINALITÉ. En: <http://www.usherb.ca/program/exclusion/marginal.htm>
10. MARGULIS, Mario. **Migración y Marginalidad en la sociedad argentina**. Buenos Aires. Paidós. 1970.
11. KNOPOFF, René A. "Prejuicios, mitos y estereotipos". En: **Dimensiones de la vejez en la sociedad argentina**. Buenos Aires. CEAL. 1991.
12. ODDONE, María Julieta. "Los ancianos en la sociedad." En: **Dimensiones de la vejez en la sociedad argentina**. Buenos Aires. CEAL. 1991.
13. O'DONNELL, Guillermo. "Acerca del Estado, la democratización y algunos problemas conceptuales." En: **Revista Desarrollo Económico** N° 130. Bs. As. 1993. <http://www.vifs.citeweb.net/vifs6/marginal.htm>. (Qu' est ce que la marginalité?)
14. QUIJANO, Aníbal. "Marginalidad e Innormalidad en debate." En: **la Economía Popular y sus caminos en América Latina**. Mosca Azul. Lima. 1998.
15. REICHARDT, Charles - COOK, Thomas. "Hacia una superación del enfrentamiento entre los métodos cualitativos y los cuantitativos." En: **Métodos cuantitativos y cualitativos en investigación evaluativa**. Reichardt. 1996 cap. 1. Material de cátedra Sautú, Metodología III. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. 1996.
16. WACQUANT, Loïc. **Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio**. Buenos Aires. Manantial. 2001.
17. WADDERBURN, D. "Los ancianos y la sociedad." En: **Manual de Geriatria y Gerontología**. Buenos Aires, Panamericana. 1975.
18. WEBER, Max. **Economía y Sociedad**. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica. 1992.